

EL UNIVERSAL Terrorismo en América Latina

José A. Rodríguez Elizondo, jurista, escritor, ex profesor universitario en Chile, con residencia en Perú.

Por JOSE A. RODRIGUEZ ELIZONDO

LIMA (ALA). El terrorismo latinoamericano es, sin lugar a dudas, el subproducto ominoso del largo empate entre sistemas políticos en crisis permanente y regímenes de facto de regularidad cíclica. La muerte de Tachito Somoza en Asunción es un típico ejemplo.

Pero, más allá de esta verificación, tiene una historia propia. Aquella que arranca del terror estatal de los primeros autócratas —Ubico, Gómez, Somoza padre, etc.— pasando por la mutación de algunos grupos revolucionarios de la década del 60 —los "lumpen revolucionarios" de que habla Régis Debray—, para culminar con la proliferación de grupos paraestatales o supraestatales del tipo "Escuadrón de la Muerte", DINA o Triple A.

La transición hacia el terrorismo contemporáneo parece encontrarse en la decadencia del proyecto revolucionario armado y continental, que predicaron distintos grupos a partir del triunfo de la revolución cubana. En ese rápido tránsito desde la emoción rebelde en busca de ideologías movilizadoras, hasta el simplista culto de la violencia concebida como el único motor de la historia.

Documentalmente, esta revolución está claramente marcada por el célebre "Minimanual del guerrillero cubano" del brasileño Carlos Marighella, con su rotunda apología de la acción pura. Es decir, armada.

Raudamente, esta sublimación ideológica en la acción se transformó en un dogma simple y operativo. A fines de los años 60, un clandestino dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Argentina explicaba a la revista chilena "Punto Final" cómo empezaba a organizarse un grupo revolucionario: "lo que sabíamos era que estábamos por la lucha armada, que apuntábamos bien y que lo demás se daría como consecuencia del mismo desarrollo de la lucha".

Todo esto acompañado, naturalmente, de la pretensión de arrastrar a los sectores populares. Según Marighella, "a medida que la lucha se desarrolle el proletariado se encontrará un día ante una encrucijada y deberá escoger (...). Escogerá la lucha porque la burguesía es su enemigo de clase".

En el fondo, el culto de la acción escondía un claro terrorismo ideológico. Un cierre de opciones a partir de hechos consumados que pavimentaban el camino del terrorismo a secas.

La acción represiva estatal, incrementada y perfeccionada, contribuyó a borrar las motivaciones originales. Y a comienzos de los años 70, muchos de estos "hombres de acción" supieron que no lograrían imponer su liderazgo a otras organizaciones, que la ruptura de los sistemas políticos no era el camino más corto para una revolución y que en los sectores populares había más recelo que solidaridad.

Entonces, en virtual "fuga hacia adelante", la acción llegó a transformarse en un fin absoluto. Dejó de existir una frontera entre la acción política de carácter revolucionario y el activismo simplemente terrorista. Se produjo la hipertrofia del concepto del "puñado de hombres decididos", versión vulgar de la teoría de las minorías coherentes. La expresión más pura de esto se dio, por ejemplo, en el VOP de Chile, grupo que asesinó al ex ministro democristiano Pérez Zúkovic. Pero también es el caso de los Tupamaros y Montoneros, hoy virtualmente exterminados, cuya ideología fue siempre confusa.

Así grupos cada vez más rústicos iniciaron programas restringidos de hostigamiento: asaltos a bancos, secuestros de diplomáticos, ejecución de rehenes. En el fondo —quizás sin saberlo— repetían las antiguas lecciones del anarquista ruso Bakunin, orientadas a destruir el principio de autoridad en la escala que el grupo se pudiera permitir, atacando a una larga lista de "opresores". Textualmente, "hombres de Estado, hombres de guerra, financistas públicos y privados, funcionarios de

(CONTINUA EN LA PAGINA DIECINUEVE)

(CONTINUA DE LA PAGINA CINCO)

todas las especies, policías, carceleros y verdugos, monopolistas, capitalistas, empresarios y propietarios, abogados, economistas, políticos de todos los colores, hasta el último comerciante..."

Llegado a este punto, el terrorista latinoamericano se hizo políticamente intercambiable. Fundamentalmente, por que el terrorismo de "izquierda" y el de "derecha" tenían el mismo propósito: desestabilizar "el sistema". Terminar con los partidos políticos del sistema, como ocurre en Centroamérica.

Con lo cual, a la larga, la balanza regional se ha cargado hacia los terroristas de la ultraderecha pues, como dijera el célebre politólogo francés Maurice Duverger, "un régimen sin partidos es un régimen necesariamente conservador" (ALA).

uno más uno

El Pentágono contra América Latina

El general George Brown, presidente de la junta de Altos Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, acaba de presentar un plan en nombre del cuerpo que preside, al cual nadie le puede negar representatividad ni influencia en la política estadounidense ni esa continuidad organizativa, de propósitos y ejecutiva de que carecen los partidos que en ese país se disputan la dirección formal de la vida pública.

El plan se condensa en seis puntos: mantener relaciones estables con México; vigilar estrictamente los recursos estratégicos de nuestro país; Venezuela y Brasil; dar apoyo irrestricto a las fuerzas armadas en toda América Latina; mantener abierto el canal de Panamá; rechazar la influencia soviética en Latinoamérica y rechazar a los regímenes hostiles a Estados Unidos en América Central. En otras palabras: anulación virtual del tratado firmado con Panamá para asegurar a EU una soberanía irrestricta e ilimitada; política agresiva y desestabilizadora frente a Nicaragua, Cuba, Jamaica, Granada y todo régimen susceptible de ser considerado *hostil o sometido a la influencia soviética*; apoyo a las dictaduras por todos los medios, enterrando la llamada "política de derechos humanos" de Carter, y preparación de nuevas dictaduras allí donde el Pentágono juzgue que los intereses de Estados Unidos están amenazados; intervención descarada en los asuntos internos de México, Venezuela y Brasil e imposición de un derecho de control ilegal sobre éstos, que constituye una declaración abierta de la intención de actuar violentamente contra esos países cuando los recursos estratégicos de los mismos sean usados, según Estados Unidos, de modo que no corresponda a los intereses de éste; presión diplomática y extra-diplomática para instaurar con México las relaciones que el Pentágono considera *estables*; es decir, no viciadas por el nacionalismo, el populismo, el izquierdismo y otros *ismos* que los militares estadounidenses reprochan siempre a las políticas interiores y exterior mexicanas.

La arrogancia y el cinismo de este plan —mucho más elocuente que todas las denuncias sobre el imperialismo y que desmiente perentoriamente las declaraciones del Departamento de Estado— no se deben sólo a que el *establishment* militar se ha inclinado por Reagan ni son expresión de una conjuntura electoral. Ellas expresan la esencia de la política de Estados Unidos frente a América Latina, sin tapujos, en el "rudo lenguaje del guerrero" y, en particular, las intenciones de una gran potencia que pierde peso ante los pueblos, por un lado, y ante sus propios aliados y competidores, por el otro, en un antiguo coto cerrado que quiere mantener como tal. La combinación entre una crisis duradera y generalizada y una situación política mundial explosiva hace, además, que el Pentágono aplique una política de guerra interna en cada país, dentro de una concepción de guerra global contra la libertad, el progreso, la independencia de los pueblos, la soberanía nacional de sus vecinos y por la defensa de sus intereses económicos, políticos y militares que la historia ha puesto ya en cuestión.